

Completan este volumen que el lector tiene en sus manos, otros cuatro relatos. El primero de ellos, el más extenso, lleva por título, José Sttatford, pintor inglés desconocido, y en él se nos refiere una experiencia personal del autor en tierras de Albarracín, camino de su destino de Archivero en Teruel, donde se encontró con el pintoresco tipo que da su nombre a la narración. Los otros tres se llaman, Carlos Mani, el escultor; El libro de cuentos y Compras extrañas. En todos ellos hay un fondo autobiográfico, poblado con las siluetas de pintores y escultores a los que el autor trató. Aunque desgajados de la serie que da título a este libro, Gente del 98, se mantienen muy cerca, hasta en la fecha, y desde luego en el ambiente, de los que su autor publicó en las columnas de un diario madrileño en 1935.

Ahí quedan todos, apiñados en el libro. Que su lectura avive los recuerdos de muchos y sirva a todos como un curioso y personalísimo documento de una época.

M. GARCÍA BLANCO

Salamanca, noviembre de 1951.

I

PRÓLOGO

AUTORRETRATO DE RICARDO BAROJA EN 1935

PERDÓN, querido lector! Perdón, porque empiezo hablando de mí mismo y retratándome. Indudablemente estoy decrepito. No me entero de las cosas. Todos los días compro «Diario de Madrid»; todos los días lo leo, y resulta que no me había enterado de que no publica folletines. Y yo creía que los publicaba. Desde que me quedé tuerto en mis andanzas revolucionarias, hace cuatro años y pico, como la pintura y el grabado, que eran el encanto de mi vida, se han convertido en dolores, me dedico a escribir. A trancas y a barrancas he terminado una especie de novela, y, hasta aprovechando una *grippe* que el invierno pasado me recluyó en casa, la he ilustrado con unos dibujillos. ¡Cualquiera sabe cómo serán!

En estos tiempos es difícil publicar libros, y más difícil todavía editarlos con ilustraciones. La imprenta es cara; el papel también; el público demuestra indiferencia por la literatura, especialmente por la que podemos producir los indocumentados y los insolventes.

Pasaron aquellos tiempos en los que un novel, con trescientas pesetas valientes, lanzaba un libro. Ahora serían necesarias tres mil.

En vista de estas amargas consideraciones, destinaba mi novela y mis dibujos a dormir el sueño del olvido en un armario de mi cuarto, en compañía de los montones de papel que he ensuciado con apuntes callejeros, bocetos de agua-fuerte, tragedias, comedias, dramas en prosa y en verso, artículos políticos y sociales, conferencias, proyectos de viaje,

planos de barcos, etc. Hace pocos días se me ocurrió el que podría ofrecer mi novela y sus dibujos al periódico «Diario de Madrid» para que la publicara en el folletín (que no existía más que en mi imaginación).

Hablé de ello a un amigo redactor de ese diario. Me dijo que quizá cupiera en él mi novela.

Ésta ya había sido sepultada en el fondo del misterioso hipogeo donde duermen mis producciones artístico-literarias, y para encontrar el manuscrito me vi obligado a revolver montones de papel.

En el *spoliarium* tropecé con un fajo de cuartillas escritas por mí hace años. Quizá más de veinte. Las leí, aparté las que me parecieron más vivas, y he vuelto a sepultar en el armario otras muchas, mustias, ajadas y sin interés.

El papel que envolvía el fajo de cuartillas llevaba escrito un rótulo: «Bohemia del 98». No me parece muy bien ese título, y se me ha ocurrido cambiarlo por el que encabeza estos escritos: «Gente del 98».

Si el título aquel no era apropiado, éste tampoco lo es. En estas relaciones, no todos los que figuran pertenecen a esa generación llamada por Martínez Ruiz (Azorín) generación del 98.

No era posible el reunir bajo el título de «Bohemia del 98» estos recuerdos, porque en ellos aparecen legítimos bohemios y otros muchos que no lo fueron nunca.

¿Cómo se calificaría de bohemios a Benavente, Martínez Ruiz, Silverio Lanza, Romero de Torres, Carrere, Rubén Darío, Enrique de Mesa, Ricardo Marín, Pío Baroja, a otros muchos que no recuerdo, y a mí mismo? Imposible.

Otros, en aquella época, desde 1898 a la guerra europea, eran semibohemios, semiburgueses, según el rumbo de su vida. Más claramente: según la cantidad de dinero que llevaban en los bolsillos.

Pero entre nosotros había algunos empedernidos bohemios. Vivían como podían, a salto de mata. Escribían en periódicos que no pagaban, o que lo hacían muy mal; pintaban cuadros que no se vendían; publicaban versos que nadie leía; dibujaban caricaturas que no quería nadie.

Los que llamo burgueses éramos señoritos de familia más o menos acomodada. Sabíamos que en nuestro domicilio el

cocido estaba a punto a su hora, la cena dispuesta entre ocho y nueve de la noche, y la cama abierta por la doméstica para cuando el señorito tuviera a bien acostarse.

Los bohemios dormían en casas de huéspedes, comían en restoranes baratos o en alguna taberna. Su verdadera morada era el café.

El café era gabinete de trabajo de los escritores, taller de los dibujantes. Desde las dos de la tarde hasta las horas de la madrugada iban de un café a otro. Asomaban de vez en cuando por la Redacción de algún periódico para colocar artículos, versos, monos.

Iban a las librerías de lance a liquidar restos de edición, ejemplares de libros regalados, a los que ni siquiera se arrancaba la dedicatoria escrita en la primera hoja. En cuanto reunían unas pesetillas se hundían en el café a charlar, a discutir, sin importarles un pito lo futuro. No había porvenir que se extendiera más allá de una semana.

La verdad es que no se parecían aquellos tipos a los jóvenes de ahora. Es decir, a los jóvenes que yo conozco ahora. No aseguraré que aquéllos valían más. No. Eran, sencillamente, distintos. Aquéllos amaban el arte y la literatura por ellas mismas, no por lo que pueden producir. No se ocupaban para nada de política, excepto alguno que pertenecía a la Redacción de cualquier periódico. Muy contados eran los que sabían quiénes eran los ministros que formaban el Gobierno de Su Majestad Doña Virtudes.

Las cuestiones sociales interesaban muy poco en nuestro círculo. Acaso se sentía cierta simpatía platónica por los anarquistas y los dinamiteros. Los que disponían de menos dinero eran los más conservadores. Otros, francamente reaccionarios.

Vagamente se llegaba a saber que alguno de los que aparecían entre nosotros cobraba gratificaciones en el Ayuntamiento, en la Diputación Provincial o en un ministerio.

— Ese que se ha marchado — decía un contertulio del café — cobra dos sueldos de barrendero y otro de ama de cría en la Maternidad.

— ¡Caramba! ¡Qué asqueroso! Entre la gente que se ocupa de política se dan esos tipos.

Tal era nuestro comentario.

Con tal ambiente, se comprende que no podía convivir entre nosotros el joven aprovechado y formal, al que parece habersele puesto al nacer una etiqueta en la que se consigna entero el programa de la vida. Las buenas notas en las asignaturas de la carrera, un empleo para ayuda de los estudios sin la obligación de asistir a la oficina, pensión en el extranjero para ampliar dudosos conocimientos, concurso preparado que elimina a contrincantes peligrosos, y hasta el matrimonio de conveniencia.

Muchos de aquellos compañeros podían pasar dos o tres días sin otro alimento que café con leche con media tostada o el chocolate de una churrería. Nunca pretendieron que el café o el chocolate se lo pagara el erario público, ni soñaron que el Estado entregara a la patrona el precio del pupilaje. Todo esto se refiere a los verdaderos bohemios.

Los que podíamos llamarnos burgueses, tampoco sosteníamos relaciones con ninguna Ordenación de Pagos del ministerio de Hacienda.

Yo hubiera deseado que todos los protagonistas de estas relaciones, precisamente los que cruzaron por el mundo su corta vida de miseria y de entusiasmo, fuesen recordados. Otros que han triunfado en la literatura y el arte, después de aquellos tiempos difíciles, son conocidos.

A la memoria de los que ya desaparecieron consagro mis escritos. Quizás al relatar episodios presenciados por mí no sea capaz de comunicar mis emociones. Si tal ocurre, el lector sabe muy bien lo que ha de hacer. Saltar con la vista a otra página.

Es la gran ventaja del que lee sobre el que escucha y por cortesía no se atreve a dar la espalda o a enviar a paseo a quien relata cualquiera pesadez. Me acuerdo de lo ocurrido una noche, hace muchos años. Estábamos reunidos en el rincón de un café, escuchando una sonata para violín y piano de Mozart. En esto llega un conocido y se sienta. Se nota en su expresión que viene entusiasmado por algo que le ha ocurrido, ha sabido o ha visto. Está impaciente por contárnoslo; pero no se decide a interrumpir nuestro silencio. Termina la sonata y el conocido comienza a hablar.

Es una historia larga, llena de incisos, intercalada con risas y admiraciones del propio narrador. Entre nosotros hay

quien mira al techo, quien fuma pensativo, tratando de encontrar en el tabaco algo como la cera con que Ulises taponó las orejas de sus remeros para que no sean arrastrados al escollo en que cantan las sirenas. Alguien da vueltas sobre el mármol de la mesa al vaso, con riesgo de hacerlo trizas.

El conocido, por fin, termina su relato. La cara irradia entusiasmo, sus ojos buscan en los nuestros expresión de asombro, de interés cuando menos. Un pintor, ahora célebre por sus hermosas obras y célebre entonces entre nosotros por sus bárbaras frases, dice:

— ¡Bien, don fulano, bien! ¡Usted siempre tan estúpido!

Difícilmente el que escribe puede alcanzar éxito personal semejante.

RICARDO BAROJA

GENTE DEL 98



EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

PROVENZA, 101 - BARCELONA